

CONSUELO ULLOA

ASTROLOGÍA LUNAR

**HERRAMIENTAS ESTELARES
PARA BRUJAS PODEROSAS**

 **Planeta**

The background is a solid orange color. It features several white, curved, concentric-like lines that sweep across the frame from the top left towards the bottom right. Scattered throughout are white star-like symbols of varying sizes and orientations. Some are simple four-pointed stars, while others are more complex, resembling constellations or stylized galaxies. The overall aesthetic is modern and celestial.

**I.
POR UNA
ASTROLOGÍA PARA
BRUJAS PODEROSAS**



Ser una mujer con poder se ha relacionado históricamente con parecerse a un hombre. Desde que el mundo es mundo se nos ha permitido habitar la autoridad cuando nos transformamos en un varón; ya sea en tono de voz, en forma de vestir o ejerciendo la sobriedad emocional. Ergo, ser una mujer con poder es demostrar que se es inteligente, repleta de dinero y éxito, bella y alguien capaz de lograr lo mismo que un hombre, sin darle tanto espacio a facultades como la emoción o la intuición. En definitiva, se nos dice que el poder es «masculino» y neoliberal.

En la visión del cosmos y de la autocreación, pienso en la figura patriarcal que toca el conocimiento astrológico: Hermes Trismegisto o Thoth, el mago, el hechicero que conecta los mundos a través de la alquimia y la ciencia. Este arquetipo, proveniente de la mezcla entre los dioses del Egipto antiguo y la Grecia clásica, describe perfectamente el espacio que los hombres utilizan en el mundo. Son seres que manejan secretos, se incluyen en cofradías o linajes, tienen aventuras iniciáticas que dan pie al largo y clásico viaje del héroe, donde comienzan siendo jóvenes curiosos que se enrielan a un camino de destino para terminar como sabios con mucho poder.

En cambio, nuestros espacios en estas historias siempre han sido relegados a un segundo plano o derechamente negados. La concepción que podemos desarrollar sobre nosotras mismas ha estado supeditada a la idea que debemos estar a la siga de los hombres, esperando ser amadas y tratadas con delicadeza. Nuestras emociones y ciclos no son buenos, porque coquetean con la locura, la desconfianza y con el caos. En gran parte de la historia nuestros deseos son fuente de pecado y violencia, por lo que muchas culturas han querido esconderlos.

No tenemos derecho a conocer el mundo si no es a través de los lentes de lo que a los varones le importa, por tanto, no tenemos derecho a percibir con nuestros propios cuerpos. Nuestro derecho a sentir está plenamente supeditado a las capacidades que tenemos para aportar a la vida de los hombres a través del cuidado, la procreación y el sostener el espacio privado. Grandes estudiosas de la astronomía y la astrología tuvieron voz solo por ser hijas de hombres poderosos, como Enheduanna de Babilonia e Hipatía de Alejandría. Si bien las recordamos, ellas no tuvieron el espacio suficiente para desenvolver sus aptitudes y capacidades en un lugar que les fuera propio e independiente al poder del varón que las protegía o patrocinaba. Sin

la existencia de un hombre al lado de ellas, no eran nada. Suena increíble, pero era así.

Por otro lado, la figura de la bruja, sin caernos en la idealista y virginal figura de la sacerdotisa, siempre ha sido desterrada de la sociedad al ser la portadora del caos, de la incertidumbre, del no control y las pasiones; el poder de quebrar a la sociedad. Por lo que la alegoría de la figura de la bruja habla siempre de una mujer que quiere destruirlo todo, que está llena de rabia y sedienta de venganza (como lo que ven hoy los sectores más conservadores en las feministas). En ningún caso se le toma como la sanadora con hierbas medicinales o la partera, la que entierra a los muertos o que cura con sus canciones. No se nos recuerda por los secretos y la sabiduría que compartimos a oscuras mientras los hombres están peleando. Derechamente la historia nos ha rechazado por no vivir en función de la masculinidad patriarcal.

Nuestras facultades como mujeres, cuando no sostenemos el guerrero y competitivo mundo patriarcal, son escondidas, sublevadas a un espacio íntimo, recóndito, despreciadas por ser parte de nuestro género. El pensamiento antiguo dividió el mundo en categorías; la primera como lo luminoso y lo seco —relacionándolo con lo masculino— y la segunda como lo oscuro y húmedo —con lo

femenino—. Los roles de género fueron definidos desde la filosofía por unos cuantos hombres que determinaron que así era cómo funcionaba el mundo. Lo empírico y lo racional comenzó a ubicarse en el mundo como valores superiores, mientras que la ternura, lo sensible y lo intuitivo se escondieron bajo la alfombra, al pensarse que eran cualidades que no tenían derecho en un mundo como el nuestro.

La pugna entre razón e intuición no es solo consecuencia del patriarcado, sino que también de su hijo predilecto: el capitalismo. Mientras los hombres fueron desarrollando tecnologías para controlar y explotar el mundo en la época moderna, construyeron un sistema de pensamiento en torno a la subjetividad de sí mismos —por favor reemplacemos el concepto de «la humanidad» por «varón blanco heterosexual cisgénero de clase alta» en los textos de la Ilustración hacia adelante, gracias—. Esta narrativa, disfrazada de «objetividad» de los procesos mentales, ha impuesto realidades destrozando a otras magnánimamente. Se ha impuesto un modo de conocer que funciona para los propósitos de lo productivo, lo que permite establecer poder sobre otros y demostrar quién es el mejor en este mundo. El patriarcado y el capitalismo no son más que un vector para demostrar quién tiene la

razón, quién deja una tumba más grande o quién tiene la billetera más abultada.

Mirar la realidad y darnos cuenta de que nuestros cuerpos han sido despojados de su propia conciencia también ha generado estragos en nuestras vidas. Al trabajar sin descanso, pensando en el futuro y en lo que va a pasar, nos desconectamos del presente. Nos olvidamos del aquí y el ahora con las miles y miles de tareas que hay que cumplir, con las deudas que hay que pagar. Vivimos desconectadas de nuestra menstruación con dispositivos que evitan que quedemos embarazadas y dejamos de escuchar lo que está pasando dentro. Vivimos sobreexigidas y eso ha calado en nuestra salud física, mental y emocional.

Ser una mujer poderosa, en un mundo como este, es complejo de definir. Es algo que todavía no entendemos, pues el feminismo no tiene la capacidad de deshilar el patriarcado que está dentro de sí. Si queremos empezar, debemos escuchar lo que ha sido negado. Volcar la mirada hacia los espacios que no hemos podido conjeturar por ser prohibidos o mirados en menos, echarles mano es un ejercicio poderoso, reivindicador y revalorizador de nuestra experiencia. Abrazar lo negado es lo único que nos permitirá transmutar la realidad, por mucho que los gurúes espirituales nos hablen de la virtud, la luminosidad y el «vibrar alto» como vías

posibles para poder llegar a un estado más elevado de la existencia.

Mirar la Luna es uno de los actos más importantes que hemos olvidado, motivadas por la desconexión que nos entrega estar contemplando siempre hacia adelante. Conectarnos con este astro tiene una implicancia importante para quienes menstruamos, pues nos permite entender las profundidades en las que circulamos durante todo un periodo. Pero si lo extrapolamos a todas las personas, vamos a encontrar estaciones del mes donde nuestras emociones y energía fluctúen.

La ciclicidad era muy valorada en la antigüedad, porque nos daba un lugar en la naturaleza, con los periodos en los que se cultivaban los alimentos, en donde se paraba o se rezaba. No siempre se estaba pensando en lo próximo, sino que se valorizaba el ahora y el pasado como grandes saberes para entender el mundo. Calendarios como el islámico y el chino están sostenidos por la visión de lo lunar y trazan sus ritos según las divisiones del cielo en relación con nuestro satélite.

No obstante, el desarrollo de la tecnología capitalista nos ha quitado la posibilidad de mirar hacia arriba, obligando a la naturaleza a producir. Lo lunar, lo intuitivo y lo cíclico fueron anulados para darle luz e identidad a dos planetas de nuestra car-

ta astral: el Sol y Marte, regentes de lo masculino tradicionalmente. Pero, por más que lo queramos, somos también lunares: sentimos, debemos regenerarnos y abrazar nuestras oscuridades.

Este libro tiene como objetivo enseñarte a reconocer y discriminar lo que ha sido representado como energía femenina en tu carta astral, desde la base del trabajo con la metodología lunar. Te daré herramientas para que empieces a indagar en tu carta y te entregaré luces para que la energía de la astrología no sea solamente algo que utilices de forma lejana y deshabitada. Al contrario, quiero que te apropiés de estos conceptos para que puedas trabajarlos en tu vida.

Despertar nuestros recovecos internos representa también el trabajo corporal y energético de lo que no nos gusta ver; volver a nuestros cuerpos y dejar de explotarlos. Escuchar a nuestra «bruja interior», como se vende como pan caliente hoy en día, no puede reducirse solo un ejercicio narcisista.

Volver a lo lunar tiene un contenido experiencial muy potente. Llama a conectarnos con nuestra propia vivencia, dejando de escuchar al exterior. Lo femenino, en tanto, es una construcción con un otro y obliga constantemente a estar buscando afuera lo que se necesita adentro. Nuestros arquetipos principales siempre han tenido relación con

la madre, la hija, la hermana y la esposa. Nunca se ha considerado a los planetas y puntos de la carta como energías propias y divididas del exterior.

Ser bruja es un ejercicio de rebelión. Trabajarla y despertarla es altamente anticapitalista, desacele-
racionista y consciente de que debemos aprender a relacionarnos de otra manera con la naturaleza. Despertar a la hechicera que nos habita es aprender a escuchar nuestro propio reloj interior, nuestra intuición a niveles insospechados. Es levantar la cabeza y mirar hacia la luna y las estrellas como indicadores de una conciencia que nos servirá en la toma de decisiones de todo lo que tenemos alrededor. Es un trabajo arduo, que requiere tiempo, dedicación y por sobre todo conciencia.

Te pediré que trabajes este libro junto a un cuaderno o libreta, en donde vayas registrando los sentires. Así como una bitácora de viaje, te pediré que escribas cómo te sientes, qué es lo que está moviéndose internamente en ti, en qué fase de tu ciclo estás. Si te percibes mujer, pero no tienes un ciclo menstrual, créeme que registrando tus emociones también podrás conectarte con esta energía. Volcarse hacia adentro no tiene distinción de género y todes tenemos derecho a hacerlo.



